

pañá. Si bien es cierto que sí existen unos atributos aplicables a todo el conjunto, no hay que olvidar las especificidades propias de cada época, de cada lugar y cada familia.

Resulta significativo el hecho de que se utilicen tres definiciones en torno al concepto de aristocracia. En primer lugar, se le define como Estado, como ese sector superior en términos políticos, económicos y sociales dentro del sistema de estratificación occidental. En segundo lugar, considera que es una “clase”, definida como una élite en la cima del sistema contemporáneo de estratificación de muchas naciones europeas. Y finalmente, utiliza la aristocracia como modelo de las expresiones de conductas dignas de ser emuladas por los sectores ascendentes.

Volviendo al presente, Nutini afirma que la aristocracia mexicana está en el principio del fin como un sector dominante. Aunque sigue manteniendo el prestigio social, no cuenta con la riqueza que tradicionalmente la apoyaba. La plutocracia ha ido adquiriendo cada vez mayor fuerza y aunque en algún momento se alió y amalgamó con ella, ahora están tomando caminos separados. Los aristócratas perciben que, si la supervivencia de su clase está cerca del fin, al menos perecerán fieles a su ideología. La percepción que tienen de sí mismos es que antes eran aristócratas, pero ahora son clase alta. Esta frase resume bien su situación: “ahora lo único que vale es el dinero y pronto vamos a pasar a la historia”. Con esta novedosa investigación, Nutini les ha asegurado un lugar prominente en la historiografía. El tipo de análisis que ha realizado, respondiendo a sus intenciones iniciales, permitirá que la aristocracia, esta vez como modelo de estudio, siga funcionando como un ejemplo a seguir.

Verónica ZÁRATE TOSCANO
Instituto Dr. José María Luis Mora

Clara E. LIDA: *Inmigración y exilio: reflexiones sobre el caso español*. México: El Colegio de México-Siglo Veintiuno Editores, 1997, 174 pp. ISBN 968-23-2064-X.

En este estudio, Clara E. Lida —profesora-investigadora de El Colegio de México— nos propone nuevas formas de comprender la presencia española en América Latina. A menudo esta presencia ha sido estudiada superficialmente, considerándola un elemento que se ha integrado pacífica y armoniosamente en un crisol de

razas y culturas; o bien, ha sido vista eurocéntricamente como un simple trasvase humano unidireccional que ha poblado y “civilizado” el Nuevo Mundo. Lejos de sostener estos puntos de vista, la autora invita “al lector a reflexionar acerca de las complejas relaciones entre el universo receptor y el del inmigrante que, en sus múltiples rangos de intersección, demuestran la riqueza y pluralidad de mundos y culturas en encuentro y —¡cómo no!— en conflicto” (p. 15).

El estudio de los peninsulares residentes en México, desde la época colonial hasta el presente, es el hilo conductor a partir del cual Lida analiza la presencia española en los otros países latinoamericanos. Los trabajos existentes acerca de la emigración peninsular hacia América se han centrado en los países de inmigración masiva como Argentina, Uruguay y Cuba, a los que se dirigieron millones de españoles durante el último tercio del siglo XIX y el primero del XX. En estos países la gran mayoría de los peninsulares, inicialmente, engrosaron las capas trabajadoras y posteriormente, a medida que avanzaba el siglo XX, las capas medias mientras que en los otros países iberoamericanos, la inmigración peninsular fue poco numerosa, pero cualitativamente muy influyente. En países como México, incluso después de las guerras de independencia, estos pequeños colectivos de inmigrantes tuvieron un peso significativo en los sectores productivo y financiero, e incluso en la política interna del país. El caso mexicano, por tanto, es especialmente útil para comprender la inmigración peninsular en los países latinoamericanos de la costa pacífica, Centroamérica y Venezuela.

La primera parte del libro consta de tres capítulos en los que Lida reflexiona y aporta datos acerca de los principales aspectos de la comunidad peninsular en México. Desde una novedosa óptica, la autora analiza la historiografía, las fuentes y los principales temas referentes a la inmigración española. A continuación, evalúa el peso demográfico y las características socio-profesionales de la comunidad española desde la independencia hasta la llegada de los exiliados republicanos. Partiendo de estas reflexiones y datos, al final de la sección, la autora estudia la importancia cualitativa de los peninsulares en México. Al igual que en otros países, en que la inmigración peninsular fue reducida y selectiva, muchos españoles residentes en México se vincularon con los intereses de la élite socioeconómica y, por tanto, apoyaron a dictadores como Porfirio Díaz, o al régimen del general Victoriano Huerta (quien tras su derrota se refugió en Barcelo-

na). Aunque el libro no se extiende en este tema, para aquellos que hemos crecido de este lado del Atlántico, estas observaciones nos permiten comprender por qué, posteriormente, la mayoría de los empresarios, españoles o descendientes de ellos, residentes en países como Chile o El Salvador, han dado su incondicional apoyo a los regímenes militares que han gobernado estos países en épocas recientes.

Por otro lado, el exilio republicano cambió radicalmente la composición de la comunidad peninsular en México. La mayoría de los 25 000 españoles que llegaron a México, a raíz de la guerra civil, tenían un alto grado de preparación, en tanto que dos tercios de ellos llegaron con sus familias. Puesto que la mayoría de los exiliados procedía de zonas inicialmente controladas por los republicanos que posteriormente, ocuparon las tropas franquistas, el mayor número de exiliados procedía de Cataluña y Castilla la Nueva (principalmente Madrid).

En la segunda parte del libro encontramos un análisis del exilio republicano al otro lado del Atlántico, en especial en México, que permite comprender por qué para “los emigrados, la pérdida cruel de la propia tierra paso a paso se convirtió en el reconfortante arraigo, en la acogedora morada. Los republicanos desterrados nunca dejarían de ser españoles en su país de adopción, pero cada día fueron más mexicanos al calor de su nuevo hogar” (p. 122).

El último capítulo nos ofrece una sugestiva y acertada perspectiva sobre el significado de América en el imaginario colectivo español desde tiempos de la conquista hasta el presente. Durante siglos para la mayoría de los peninsulares, América fue “más un sueño que una realidad” (p. 129). En cambio, actualmente en España, América es una “imagen borrosa dividida entre el exotismo y el subdesarrollo”, a la que con “cierta arrogancia” se le exige “gratitud y retribución en nombre de la generosidad otorgada y de la explotación sufrida durante tantos siglos” (p. 145).

El libro termina con un contrapunto a las complejas relaciones en que entraron los españoles una vez pasado el océano: un breve estudio de la matanza de colonos extranjeros en Tandil, Argentina, en enero de 1872 por gauchos milenaristas. Este episodio le sirve a la autora para profundizar en un tema que, por otra parte, atraviesa toda la obra: el de las etnicidades en conflicto.

Joan CASANOVAS CODINA
Universitat Rovira i Virgili, Tarragona (España)